

Seminario Internacional

“Los desafíos económicos del desarrollo”

Palabras de Alicia Bárcena, Secretaria Ejecutiva de la CEPAL

Santiago-Chile, 29 y 30 de agosto de 2011

Don Ricardo Lagos Escobar, Presidente de la Fundación Democracia y Desarrollo, Ex Presidente de Chile, gran amigo de la CEPAL y un genuino multilateralista

Señor Ernst Stetter, Secretario General de la Fundación Europea de Estudios Progresistas

Señor José Antonio Ocampo, Copresidente de la Initiative for Policy Dialogue de la Universidad de Columbia, Ex Secretario Ejecutivo de la CEPAL y Ex Subsecretario General de las Naciones Unidas para el Desarrollo Económico y Social

Stephany Griffith-Jones, Directora del Programa sobre Mercados Financieros de la Universidad de Columbia.

Distinguidos panelistas, amigos y amigas,

Es para mí un gran honor darles la más cordial bienvenida a todos ustedes a la CEPAL, la Casa de las Naciones Unidas en América Latina y el Caribe.

Para la CEPAL es un verdadero privilegio que este consorcio de prestigiosas instituciones que organizan este seminario: la Fundación Democracia y Desarrollo, la iniciativa de diálogo de políticas (Initiative for Policy Dialogue) de la Universidad de Columbia Desarrollo y la Fundación Europea de Estudios Progresistas, nos hayan invitado a participar y servir de anfitrión del mismo.

Compartimos sin duda la vocación por promover la reflexión y el diálogo sobre los desafíos contemporáneos del desarrollo económico, que actualmente están además marcados por la búsqueda de mayores niveles de igualdad social y de una nueva mirada de la macroeconomía que sea más funcional para la convergencia productiva y el empleo con derechos.

La realización de este seminario el día de hoy y mañana, así como los temas que serán abordados en los cinco paneles: i) el papel del Estado y del financiamiento del desarrollo; ii) las lecciones que nos deja la crisis financiera en materia de regulación financiera; iii) los retos para la política cambiaria en economías basadas en recursos naturales; iv) el tipo de políticas macroeconómicas que necesitamos para el futuro y v) la necesidad de propuestas para la gobernanza mundial incluyendo reflexiones sobre el papel del G20 en esta materia, no podrían ser más oportunos. De alguna manera ellos sintetizan los nuevos desafíos políticos, económicos, sociales y ambientales que tenemos frente a nosotros en este cambio de era.

Todos hemos podido constatar que el ánimo social que recorre Europa, Medio Oriente y América Latina es un llamado inequívoco a los formuladores de política pública y a todos aquellos que colaboramos en esa tarea, a buscar un nuevo paradigma del desarrollo, pues el modelo actual ha mostrado sus límites.

Esta aseveración fue confirmada en el Cuarto Encuentro de Ciencia Económica de Lindau, en Alemania, en la que participaron 17 Premios Nobel de Economía, que adhieren a una amplia gama de escuelas de pensamiento desde la ortodoxia hasta los más

heterodoxos, una de las pocas cosas en las que estaban de acuerdo es que hay repensar los cimientos del pensamiento económico.

Refiriéndose a esto, el Profesor Joseph Stiglitz, Co-Presidente, junto a José Antonio, de la Initiative for Policy Dialogue dijo “Esta también es una crisis de la teoría económica. Los modelos tradicionales fracasaron. Necesitamos arreglar el sistema financiero, pero no será suficiente para retomar el sendero del crecimiento. Es necesario un nuevo paradigma.”

Vivimos en una sociedad globalizada, interconectada y muy informada, que plantea la urgente necesidad de una redefinición de las relaciones de poder, tanto a nivel global, como entre los distintos actores sociales a lo interno de los países. Tenemos una ciudadanía activa e inconforme porque no encuentra en el modelo actual y en la institucionalidad vigente vías de incorporación en forma sistemática a la toma de decisiones de políticas que los afectan. Todo ha cambiado. Por casi 200 años el gran temor de los defensores del orden establecido eran los proletarios, ese obrero fundamentalmente industrial. Hoy de acuerdo con la teoría de Guy Standing, estos nuevos protagonistas son “los precarios” caracterizados por sus empleos de corto plazo, por la inseguridad en que viven a pesar de estar mejor escolarizados. Esto obliga a repensar todo. Genaro Arriagada nos invita a entender esta realidad desde el progresismo, en un reciente artículo en El Mercurio, incluyendo las bases de la democracia representativa, sus métodos y tiempos, porque parece las instituciones incluyendo los

partidos parecen ser insuficiente ante las nuevas demandas y la sensación de urgencia ciudadana.

Los movimientos sociales han cobrado distintas formas y nombres en las diferentes regiones, la primavera árabe, los indignados de España, la rebelión en Londres o el movimiento social de Chile, pero todos ellos manifiestan sus reclamos en una amplia gama de temas, desde la consecución de una democracia real, pasando por mayores niveles de igualdad, inclusión y participación social, hasta la exigencia de educación gratuita y de calidad para todos. La conexión entre estos movimientos es la insuficiente consideración de lo público como interés colectivo.

Frente a la movilización social nos encontramos con Estados que presentan un gran déficit en materia de provisión de bienes públicos, garantías de protección social y promoción del crecimiento sostenido, sostenible e inclusivo, a través de la productividad y el empleo.

Es más que evidente que la ecuación entre Sociedad, Mercado y Estado que ha prevalecido desde hace tres décadas ha mostrado ser incapaz de responder a los desafíos globales de hoy y menos a los de mañana. El reto para nosotros es entonces, repensar ¿cuál es el rol que debe jugar el Estado en el futuro?, ¿cuál debe ser la nueva ecuación entre Sociedad, Mercado y Estado?

Y es que frente a estos crecientes niveles de conciencia y reflexividad ciudadana respecto a sus derechos y obligaciones, el Estado debe responder fortaleciendo su rol como gestor del bienestar y de pactos sociales que promuevan políticas macroeconómicas para el desarrollo, dirigidas a conseguir una mayor convergencia productiva con innovación tecnológica y que mejoren la distribución del ingreso.

Muy vinculado a lo anterior está el tema del financiamiento para el desarrollo en el cual nuestra región enfrenta desafíos pues muchos países enfrentan escasos márgenes para incrementar la carga tributaria, no hay un acceso suficiente y predecible a fondos concesionales, la inversión de cartera y directa están muy concentrada en unos pocos países y la volatilidad de los flujos financieros privados dificulta su canalización a las áreas productivas. Todo esto se complica más aún ya que al ser considerada una región de Ingresos medios, América Latina y el Caribe ha experimentado una reducción en su participación en los flujos de Ayuda Oficial al Desarrollo.

La comunidad internacional debe generar nuevas e innovadoras formas de movilizar recursos para el financiamiento del desarrollo, que complementen, no que sustituyan, la limitada capacidad de movilización de recursos domésticos de países como los latinoamericanos y caribeños. En CEPAL consideramos que dos de los nuevos mecanismos propuestos tienen verdadero potencial: el Impuesto Financiero Global, el Impuesto al Carbono y la ampliación de los derechos especiales de giro.

Es por ello que hemos visto con mucha atención el planteamiento hecho recientemente por la Canciller Merkel y el Presidente Sarkozy sobre la necesidad de implementar un impuesto a las transacciones financieras en Europa, con miras a reforzar la integración y coordinación de las políticas económicas en la Eurozona, que atraviesa por su mayor crisis desde la introducción del Euro.

Pero consideramos que su esfera de aplicación debería ser a escala global. Ello no solo constituiría un avance dentro del esfuerzo global de disminución de la volatilidad financiera y de mantención de la estabilidad, sino que representaría una importante fuente de financiamiento para el desarrollo.

En esta dirección un tema lleva bastante tiempo en el debate internacional y que creemos ha llegado la hora de implementar se refiere al impuesto a las transacciones financieras internacionales. Aplicar a escala global un impuesto sobre todos los tipos de transacciones financieras internacionales, incluyendo, entre otras, la negociación de acciones y obligaciones o bono, operaciones al contado y de derivados tendría un alto impacto recaudatorio que podría dirigirse al financiamiento del desarrollo. Estimaciones recientes muestran que con una tasa del 0,05% aplicada a nivel global tiene un potencial recaudatorio de 661.000 millones de dólares, lo que equivale al 1,21% del PIB mundial. En el contexto de la región, los recursos derivados de este tipo de impuesto podrían ser significativos. Suponiendo que la se reparta de la misma forma que la Asistencia Oficial para el Desarrollo (AOD), de la cual América Latina y el Caribe recibe actualmente 7%

del total, la región podría obtener hasta 46.000 de dólares anuales por concepto de este impuesto.

Sin superar estos obstáculos en materia de financiamiento del desarrollo no podremos enfrentar los grandes desafíos para construir mejores y más fuertes estados, con democracias más profundas. Tampoco podremos abordar el reto de generar un entorno macroeconómico para el desarrollo inclusivo y para un crecimiento con igualdad y sostenibilidad; mantener el gasto social que asegure el “acceso a y la calidad de” los servicios sociales básicos de las personas y especialmente las que viven aún en pobreza; la generación de empleos de calidad; la generación de energía cada vez menos dependiente de combustibles fósiles y la inserción de la región en la economía global con convergencia productiva, innovación tecnológica y valor agregado. Todo esto no solo necesita pactos sociales con visión de futuro, sino también inversiones de largo plazo.

Es por ello que felicito a los organizadores del seminario por invitarnos a reflexionar de manera integrada sobre *El papel del Estado y el Financiamiento del desarrollo* en el primer panel, y por incorporar en él la perspectiva de la banca de desarrollo, que a pesar de haber cumplido un rol tan fundamental en etapas previas del desarrollo de esta región, fue prácticamente desmantelada en las últimas décadas, debido a la excesiva confianza en el rol de los flujos privados de capital.

Esto nos lleva de inmediato al tema de la crisis financiera y la imperiosa necesidad de una mejor gobernanza económica mundial. Sin duda la crisis financiera mundial, constituyó

un punto de inflexión en la institucionalidad internacional, la cual se reveló insuficiente para regular la dinámica de las instituciones financieras globalizadas.

La crisis también puso de manifiesto la profundidad de las interconexiones, y por ende inter-dependencias, de las economías nacionales, lo que combinado con irresponsables niveles de desregulación, puso en peligro la estabilidad financiera mundial y los logros económicos y sociales que con mucho esfuerzo lograron los países de nuestra región en la década previa a la crisis.

En este contexto, no solo se requiere avanzar en las tan necesarias reformas a la regulación e intermediación financiera en los ámbitos nacionales y transfronterizos sino que es imperativo una reforma al sistema de reserva internacional. América Latina y el Caribe en su conjunto se ha convertido en el segundo tenedor de activos en dólares, detrás de China. La región acumula en reservas internacionales más de 700.000 millones de dólares, de los cuales alrededor de 60% están en forma de bonos de Tesoro de Estados Unidos. Las dificultades que atraviesa Estados Unidos, más allá de sus efectos comerciales, constituyen una amenaza sobre el sistema financiero internacional, que podría tener un fuerte impacto en el valor de los activos, los tipos de cambio y en el nivel de actividad global poniendo en grave riesgo la resiliencia y el crecimiento de la región.

El gran desafío que esto nos plantea es cómo llevar adelante una profunda reforma de la arquitectura financiera internacional y particularmente de los sistemas regulatorios y de supervisión, a fin de garantizar mejores sistemas de control, alerta y prevención, y por

ende una mayor estabilidad financiera global, funcional al tipo de crecimiento y desarrollo que estamos buscando y el tipo de sociedades incluyentes que debemos construir.

A estos temas me referiré mañana con mayor profundidad, pero por ahora quisiera señalar que la nueva agenda global del desarrollo y la reforma de la arquitectura global deben hacerse cargo de la imperiosa necesidad de un mayor equilibrio entre las prioridades de los países desarrollados y los países en desarrollo.

De igual manera debe asumir las obvias limitaciones de los paradigmas productivo y económico que predominaron en las décadas precedentes y buscar el re-establecimiento del equilibrio entre la estabilidad macro financiera y la provisión de recursos y medios para fomentar el desarrollo económico. La crisis fue el resultado de un sistema estructurado alrededor de una economía de especulación, sin base productiva. Llego la hora de poner nuevamente al sistema financiero al servicio de la economía real y que sea funcional al desarrollo.

Nada de esto será posible sin una nueva gobernanza mundial que tenga a la sostenibilidad integral como objetivo, de manera que pueda garantizar efectivamente la provisión de bienes públicos globales, tales como la paz , la seguridad y el control de las pandemias, pero también el conocimiento, el libre comercio de verdad, la estabilidad financiera y la seguridad climática. Nos urge una gobernanza mundial que se anticipe con políticas de

largo plazo, pero de urgente implementación, a los escenarios que proyectan las tendencias, tanto en materia climática como demográfica, tecnológica y cultural.

Tras la incertidumbre en los mercados mundiales generada por la discusión en el congreso de los Estados Unidos sobre los límites al endeudamiento del gobierno, está más que claro que se debe contemplar asimismo la reforma del sistema de reservas mundiales basadas actualmente en el dólar.

Pero para llevar a cabo estas reformas se debe aumentar la presencia e influencia de los países emergentes en las instituciones financieras internacionales, y se debe crear una instancia para la rendición de cuentas que promueva transparencia y la legitimidad de las acciones de los organismos internacionales.

UNASUR es una iniciativa novedosa con interesantes perspectivas que está llamando a una unión regional y al diseño de instrumentos comunes. Los ministros de economía y gobernadores de Bancos Centrales de los doce países de UNASUR pusieron en marcha el Consejo Económico y financiero y acordaron en Buenos Aires la creación de tres grupos de trabajo para poner en marcha un plan de acción. Este incluye explorar mecanismos para aumentar los activos del Fondo Latinoamericano de reservas (FLAR) para robustecer un fondo anticrisis y respaldar a la Cooperación Andina de Fomento (CAF). Tal como lo dijo el Presidente Juan Manuel Santos cuando visitó recientemente la CEPAL “separados somos vulnerables pero unidos seremos una verdadera potencia...”.

Sin entrar de lleno al rol que le podría corresponder al G-20 en una nueva gobernanza mundial, permítanme tan solo señalar que la institucionalidad resultante debe ser producto de un liderazgo representativo y con legitimidad política basado en el multilateralismo, que permita posicionar las prioridades de desarrollo, tanto de los países con mayores niveles de pobreza y desigualdad, como aquellos, cuyas capacidades y economías emergentes les permiten insertarse en la economía global con mayores ventajas.

Hay mucho en juego para América Latina y el Caribe en el diseño de la nueva gobernanza mundial y la región está muy comprometida a crear y usar todos los espacios posibles para hacer valer su voz y su nuevo peso relativo en el concierto global, que trasciende a la presencia de México, Brasil y Argentina en el G20. En ese sentido, la participación de los países de la región en los nuevos espacios globales, se debe a la creciente incidencia de sus economías emergentes en el flujo comercial global; a la consolidación de nuestras democracias electorales; un manejo prudente de las políticas macroeconómicas y un progresismo social que logró en esta década mejorar los índices de desigualdad.

En 2010, las economías en desarrollo contribuyeron con el grueso del crecimiento mundial, un 72%. América Latina y el Caribe contribuyó con 0,52%, virtualmente lo mismo que Estados Unidos (0,56%).

Asia-Pacífico es la región más dinámica del mundo. China sigue siendo la principal fuente del crecimiento mundial; Por su parte, América Latina y el Caribe logró un mejor manejo de la crisis con crecimiento económico: en el 2010 fue de 5.2%, en 2011 se espera un crecimiento del 4.7 % y de 4.1% para el próximo año; con la disminución del desempleo a cerca de 7% durante el 2011.

También fue clave para la recuperación el comercio internacional, que registró una fuerte recuperación en 2010 después de la crisis, especialmente en las regiones emergentes. De hecho, el volumen del comercio en este año creció en su mayor tasa registrada (15%), desde el inicio de la contabilización de estas cifras hace 60 años. Este repunte más que compensó la caída de 12% en el año 2009. En valor, el comercio mundial aumentó 22% en 2010 comparado con el año anterior.

El desempeño de la región post-crisis está relacionado en gran medida por el incremento del comercio de la región, especialmente de Sudamérica, hacia la economía China y los mejores precios de los “commodities”. Esto último sin embargo no está exento de riesgos, como será analizado en el panel de esta tarde sobre *Política cambiaria en economías basadas en recursos naturales*.

Aquí quiero simplemente expresar que también debemos reflexionar sobre el papel que debe jugar la Política fiscal en economías basadas en recursos naturales, pues hay preguntas importantes aún por abordar en materia de Gobernanza de los Recursos naturales.

Estimados amigos,

Siguiendo la filosofía de convertir las crisis en oportunidades, en CEPAL pensamos que la crisis financiera global junto con la crisis alimentaria, energética y climática, nos deben abrir sendas para repensar el desarrollo y en ello debemos ser audaces.

Este seminario nos brinda una oportunidad privilegiada para por compartir con muy distinguidos panelistas, mezcla muy balanceada de académicos y “practicioners”, nuestras preocupaciones y anhelos en una amplia gama de temas claves para el desarrollo.

Estoy segura que los debates que de estos dos días nos dejaran mucho material para continuar avanzando en nuestro mandato de contribuir, con análisis e ideas, al diálogo político de los países de la región sobre estrategias y políticas de desarrollo inclusivas y sostenibles.

Muchas gracias.